ra en el vacío de una campana neumática es, en parte, secuela y herencia del sistema empleado por los humanistas desde fines de la Edad Media. Desde Taine y, sobre todo, desde Marx y Freud, el método se ha renovado y urge superar en nuestros países los procedimientos de interpretación literaria. Ya me doy cuenta de los riesgos y contrariedades que la aplicación de tal sistema lleva consigo y de las susceptibilidades que podría herir; pero al autor y su obra hay que reintegrarlos a la realidad social que les dió vida, para comprenderlos y hacerles debida justicia. Y tratándose de la literatura colombiana, no es posible prescindir de una fuerza normativa tan avasalladora como ha sido en aquel país la influencia económica, social, política y cultural de la Iglesia, por ejemplo. Esta influencia ha sido, sin duda, beneficiosa en ciertos momentos y en ciertos autores y probablemente limitativa y retrogradante en otros. Muchos hombres de letras de gran capacidad fueron condicionados y acaso en parte se frustraron, debido a este influjo retardatario que sobre ellos pesó. Y el lector no colombiano, poco familiarizado con el desarrollo histórico-social-económico de aquel país necesita una franca exposición de estos problemas, para poder ubicar debidamente a los autores tratados y comprender sus limitaciones y hasta sus fracasos, como en el caso de Silva, por ejemplo.

Creo que el libro habría ganado mucho, si don Baldomero nos hubiera dado una más cabal idea del fondo económico-social-religioso; mas esto hubiera requerido por lo menos unas 300 ó 400 páginas. El hecho de haber sido concebido este panorama, no como un libro destinado a publicarse fuera de Colombia y dedicado al lector americano, sino como una serie de conferencias circunscritas a la juventud colombiana familiarizada con el ambiente, explica la deficiencia que aquí apunto — además del problema de tiempo ya aludido.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ,
Universidad de California,
Los Angeles.

VIZCONDE DE LASCANO TEGUI, *Muchacho de San Telmo (1895)*.—Con ilustraciones de Alejandro Sirio. Editorial Guillermo Kraft Ltda. Reconquista 319-27. Buenos Aires, MCMXLIV.

Con curiosidad e interés verdaderos abrí este libro, tan bien escrito, impreso e ilustrado, a raíz de su publicación, en fecha ya un tanto re-

mota. En estas tierras californianas, durante varios años, tuve el placer de disfrutar de la compañía de don Emilio Lascano Tegui y de empezar a honrarme con su amistad. Cuando estaba dando fin a la composición de *Muchacho de San Telmo*, me habló, aunque vagamente y de pasada, de esta obra, que tan buenas horas me haría pasar unos meses más tarde.

El vizconde de Lascano Tegui es una de las personas más originales, más ingeniosas, más inteligentes y más amables que he conocido. Buen escritor, buen pintor, buen crítico..., y hasta excelente cocinero, don Emilio parece como si hubiera descubierto en el momento de nacer el envidiable secreto de vivir a gusto, sacudiéndose ocupaciones y preocupaciones que pudieran nublar un instante de su amable existencia o desviarle, con paradas o rodeos enojosos, de la ruta trazada voluntariosa o caprichosamente. Lascano Tegui, vasco-argentino —argentino de cuerpo entero— parece en ocasiones tan parisién como argentino, ciudadano espiritual de aquel París de los comienzos del siglo xx, que en el verano de 1914, sin dejar de ser él mismo —París será siempre el mismo, afirmaría nuestro amigo Lascano Tegui— cambió ya un tanto de gesto.

De cuantas obras conozco de este autor (*Album de familia*, *De la elegancia mientras se duerme*, *El libro celeste*: no he logrado hallar por ninguna parte el resto de sus libros), *Muchacho de San Telmo* es la de mi preferencia; su contenido consiste en una serie de recuerdos del Buenos Aires de 1895, escritos por el que en aquella época fué un muchacho travieso, alegre y descuidado, cuyo hogar radicaba en el barrio que nos va describiendo con tanto cariño y tan en detalle.

La primera grata impresión que recibimos al lanzar la ojeada inicial a *Muchacho de San Telmo* nos la produce la forma de versificación en que está escrita esta colección de memorias infantiles: el verso de romance, la forma más castiza y natural de nuestra métrica. Desde el origen de nuestra literatura hasta el presente, por dondequiera que el pueblo español ha pasado y ha tenido algo que decir, ha dejado la huella de sus pensamientos y sentires en romance. Y lo mismo que el vaquero andaluz o el labriego castellano, el gaucho argentino hizo uso de él espontáneamente, como de cosa propia. Uno de los encantos mayores de los romances en que está escrita la última obra de don Emilio Lascano Tegui consiste en su frescura y su aire popular y callejero, a la vez que, por la superabundancia de imágenes pintorescas y rasgos de humor cosquilleante, nos revelan en su autor un espíritu selecto, maduro y bien cultivado.

¡Y qué de lugares, de personajes, de escenas de la vida de aquellos tiempos, nos va proyectando en las páginas de este libro la linterna mágica del *Muchacho de San Telmo*! Con una desenvoltura simpática, como jugando, cayendo a veces en prosaísmos y dando quizás algún tropezón de sílaba de más o de menos en la forma, este chicuelo alegre y travieso nos va llevando, casi siempre de prisa, a veces deteniéndose un instante, otras veces a la carrera, por las calles y por entre las gentes del Buenos Aires de 1895. Y nos dice, ante todo, cómo fué escrita esta obra:

Libro que escribe un muchacho
por vagabundo y perdido
siguiendo, de cerca, el humo
de su primer cigarrillo.

Y, en broma, naturalmente, nos dice de su ciudad:

Yo no estimo Buenos Aires,
que lo he visto hacer con barro.
Casuchas de las afueras,
fabricadas en el campo,
entraban en la ciudad
con el sombrero en la mano
como pidiendo perdón
por tener algo de gaucho.

Al pasar por una calle de aquel viejo Buenos Aires, nos muestra una ventana:

Ventana con tres canarios
tiene la casa de enfrente,
calle de Estados Unidos,
número 313.
Como se sienten en jaula
contra la ventana tejen,
comen, chismean, espían,
las tres hermanas de Méndez.
—Méndez, un chico bonito
que lleva en el jopo un peine.

Nos detenemos ante un hotel de lo más extraordinario que pueda verse, donde hay gentes recién llegadas de todos los países del viejo mundo:

El viejo Hotel de Inmigrantes,
huele agrio en la ribera.
A cuero de rucio, a axilas,
a amoníaco y a pimienta.

El Mediterráneo hiede
y el fez de la Siria, apesta.

El viejo Hotel de Inmigrantes,
flotando en las verdinegras
aguas del río estancado
—carcomidas sus maderas—
parece un barco redondo
o un palomar de cornejas.

Y nos traza un excelente retrato de un personaje colosal, tan admirable
y tan injustamente tratado por los parásitos y los necios:

Con el paraguas al cinto
arrastrando su linyera
desembarca el inmigrante
y el ojo busca la presa,
las campañas que lo llaman,
las llanuras que lo esperan.
Un pan, cebolla, tomate,
masca su boca tremenda
y se hunde en la ciudad,
y es uno más en la cuenta.
¡Seiscientos mil habitantes
tiene la ciudad porteña!
Los tratamos de tarugos
—o zoquetes de madera—
y criollos de la víspera,
ya parásitos de América,
los encontramos ridículos
—reímos de sus maneras—.
Esos hombres colosales
deformados por la fuerza
nos transforman la ciudad
a puro pico y paciencia.

Abundan las miniaturas de personajes ilustres y de gentes que no dejaron tras sí otra huella que la guardada en la memoria del muchacho que vivía y hacía diabluras en el barrio de San Telmo. Y hay retratos de cuerpo entero, como el de Jesusa, la criada gallega, que desearía reproducir íntegro; y de alma y de cuerpo enteros, como el del doctor Golfarini, que (¿cómo resistir a tan poderosa tentación?) voy a copiar en parte:

En la calle de Defensa,
vive el doctor Golfarini.
Es un médico de aldea.
Guerrero del Paraguay,
aprendió aserrando piernas.
Luego escribió sus Memorias
como quien se saca vendas.
Daba muy pocos mejunjes.
Firmó muy pocas recetas.
Pero el cólera, la peste,
la intriga, el mal, la tristeza,
no podían soportarlo
y rehuían su presencia.
Golfarini, fué una mezcla
de buen humor y franqueza.
Curaba haciendo reír;
y eran sus manos tan buenas,
que llevaban el milagro
sobre la flor de sus yemas.
Como había sido médico
en medio de la pelea,
fué preciso y no dudó
el filo de su lanceta.
Nunca les cobró a los pobres.
Y curaba la pobreza.
Cerró todas las heridas
con algodón y monedas.
Veo sus espaldas anchas;
oigo su risa tremenda.
Su vida fué una comedia,
y no dejó que el dolor
pudiera aguarle la fiesta.
Los enfermos se curaban
sólo golpeando su puerta.
Hoy ya muerto, estoy seguro
que hace reír las calaveras.

Serían muchos los romances que, además de los ya citados, desearía comentar y reproducir en todo o en parte, como los que tratan de las materias siguientes: el aguatero; el toro que se escapa; las tierras ganadas al río, hoy barrios elegantes; las casas con terraza, "semillas de rasca-cielos"; la escuela de la madre del autor; el edificio y los redactores de

La Prensa; los poetas de entonces; su encuentro con el autor de *Martín Fierro*; el tranvía "a Caballo"; la guardia nacional; y otros tantos, que ni cito siquiera. Pero, aunque lamentándolo, tengo que cerrar el libro de estampas, tan llenas de poesía y de realidad, que nos ofrece el *Muchacho de San Telmo*. Le debo horas de gratísima lectura.

ANTONIO HERAS,
University of Southern California.